

Exercicis d'enregistrament de dades

Exercici 1. Text.

Transcriu el text d'”El sombrero de tres picos” de Pedro Antonio de Alarcón.

La chiquilla de cuatro años, esto es, la señá Frasquita, frisaría en los treinta. Tenía más de dos varas de estatura, y era recia a proporción, o quizá más gruesa todavía de lo correspondiente a su arrogante talla. Parecía una Niobe colosal, y eso que no había tenido hijos: parecía un Hércules... hembra; parecía una matrona romana de las que aún hay ejemplares en el Trastevere. Pero lo más notable en ella era la movilidad, la ligereza, la animación, la gracia de su respetable mole. Para ser una estatua, como pretendía el académico, le faltaba el reposo monumental. Se cimbraba como un junco, giraba como una veleta, bailaba como una peonza. Su rostro era más movable todavía, y, por lo tanto, menos escultural. Avivábanlo donosamente hasta cinco hoyuelos: dos en una mejilla, otro en otra, otro, muy chico, cerca de la comisura izquierda de sus rientes labios, y el último, muy grande, en medio de su redonda barba. Añadid a esto los picarescos mohines, los graciosos guiños y las varias posturas de cabeza que amenizaban su conversación, y formaréis idea de aquella cara llena de sal y de hermosura y radiante siempre de salud y alegría.

Exercici 2. Text.

Transcriu el text dels “Episodios nacionales. Trafalgar” de Benito Pérez Galdós (1.969 caràcters).

Pasaron ocho años después de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba a tener un encuentro decisivo con los ingleses, produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle. Dio, pues, en la flor de que había de ir a la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos; y aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar a comprender cuán vehemente era su deseo, basta decir que osaba contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de Doña Francisca; y debo advertir, para que se tenga idea de la obstinación de mi amo, que éste no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos, ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra: no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer. (...) Marcial [nunca supe su apellido], llamado entre los marineros Medio-hombre, había sido contramaestre en barcos de guerra durante

cuarenta años. En la época de mi narración, la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por un diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto: creo que ambas cosas a la vez, y según como se le mirase.

Exercici 3. Text.

Transcriu el text de “Los miserables” de Víctor Hugo (2.032 caràcters).

Jean Valjean pertenecía a una humilde familia de Brie. No había aprendido a leer en su infancia; y cuando fue hombre, tomó el oficio de su padre, podador en Faverolles. Su padre se llamaba igualmente Jean Valjean o Vlajean, una contracción probablemente de «voilà Jean»: ahí está Jean.

Su carácter era pensativo, aunque no triste, propio de las almas afectuosas. Perdió de muy corta edad a su padre y a su madre. Se encontró sin más familia que una hermana mayor que él, viuda y con siete hijos. El marido murió cuando el mayor de los siete hijos tenía ocho años y el menor uno. Jean Valjean acababa de cumplir veinticinco. Reemplazó al padre, y mantuvo a su hermana y los niños. Lo hizo sencillamente, como un deber, y aun con cierta rudeza.

Su juventud se desperdiciaba, pues, en un trabajo duro y mal pagado. Nunca se le conoció novia; no había tenido tiempo para enamorarse.

Por la noche volvía cansado a la casa y comía su sopa sin decir una palabra. Mientras comía, su hermana a menudo le sacaba de su plato lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para dárselo a alguno de sus hijos. El, sin dejar de comer, inclinado sobre la mesa, con la cabeza casi metida en la sopa, con sus largos cabellos esparcidos alrededor del plato, parecía que nada observaba; y la dejaba hacer.

Aquella familia era un triste grupo que la miseria fue oprimiendo poco a poco. Llegó un invierno muy crudo; Jean no tuvo trabajo. La familia careció de pan. ¡Ni un bocado de pan y siete niños!

Un domingo por la noche Maubert Isabeau, panadero de la plaza de la Iglesia, se disponía a acostarse cuando oyó un golpe violento en la puerta y en la vidriera de su tienda. Acudió, y llegó a tiempo de ver pasar un brazo a través del agujero hecho en la vidriera por un puñetazo.

El brazo cogió un pan y se retiró. Isabeau salió apresuradamente; el ladrón huyó a todo correr pero Isabeau corrió también y lo detuvo. El ladrón había tirado el pan, pero tenía aún el brazo ensangrentado. Era Jean Valjean.

Exercici 4. Text.

Transcriu el text d'”El buscón” de Francisco de Quevedo (2.186 caràcters).

Tomamos el camino para escuelas. A mi amo, apadrinaronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo. Comencé a temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie, cuando me encararon y empezaron a decir: «Muevo!». Yo, por disimular di en reírme, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegando a mí ocho o nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues al instante se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices y, apartándose, dijo: «Por resucitar está este Lázaro, según hiede». Y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también, y dije: «Vuestas mercedes tienen razón, que huele muy mal». Dioles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzáronse a descarrar y tocar el arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos. En esto, un manchegazo acatarrado hízome alarde de una onza. Yo, entonces, que me vi perdido, dije: «Juro a Dios que ma...». Iba a decir «te», pero fue tal la batería y lluvia de los gargajos que llovía sobre mí, que no pude acabar la razón. Eché de ver que unos parecían tripas de los que los tiraban, según eran de largos; otros acabándoseles la saliva, pedían prestados a las narices sus tuétanos, y venían con algunas balas de mocos secos, tan recios que hacían batería y señal en la capa. Yo estaba cubierto el rostro con ella, y tan blanco que todos tiraban a mí; y era de ver cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza; pero un bellacón, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, vínose para mí diciendo con gran cólera: «Bastan gargajos, no le matéis». Yo, que según me maltrataban, creídellos que lo harían, destápeme por ver lo que era, y, al mismo tiempo, el que daba voces traía empuñado un moco verdinegro y sacándole de revés, me le clavó en los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita que me aturdieron; y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pienso que por ahorrar médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse.

Exercici 5. Text.

Transcriu el text de «Madame Bovary» de Gustave Flaubert (1.395 caràcters).

Son père, M. Charles-Denis-Bartholomé Bovary, ancien aide-chirurgien-major, compromis, vers 1812, dans des affaires de conscription, et forcé, vers cette époque, de quitter le service, avait alors profité de ses avantages personnels pour saisir au passage une dot de soixante mille francs, qui s'offrait en la fille d'un marchand bonnetier, devenue amoureuse de sa tournure. Belhomme, hâbleur, faisant sonner haut ses éperons, portant des favoris rejoints aux moustaches, les doigts toujours garnis de bagues et habillé de couleurs voyantes, il avait l'aspect d'un brave, avec l'entrain facile d'un commis voyageur. Une fois marié, il vécut deux ou trois ans sur la fortune de sa femme, dinant bien, se levant tard, fumant dans de grandes pipes en porcelaine, ne rentrant le soir qu'après le spectacle et fréquentant les cafés. Le beau-père mourut et laissa peu de chose ; il en fut indigné, se lança dans la fabrique, y perdit quelque argent, puis se retira dans la campagne, où il voulut faire valoir. Mais, comme il ne s'entendait guère plus en culture qu'en indiennes, qu'il montait ses chevaux au lieu de les envoyer au labour, buvait son cidre en bouteilles au lieu de le vendre en barriques, mangeait les plus belles volailles de sa cour et graissait ses souliers de chasse avec le lard de ses cochons, il ne tarda point à s'apercevoir qu'il valait mieux planter la toute spéculation.

Exercici 6. Text.

Transcriu el text de «Les aventures de Tom Sawyer» de Mark Twain (1.067 caràcters).

Within two minutes, or even less, he had forgotten all his troubles. Not because his troubles were one whit less heavy and bitter to him than a man's are to a man, but because a new and powerful interest bore them down and drove them out of his mind for the time —just as men's misfortunes are forgotten in the excitement of new enterprises. This new interest was a valued novelty in whistling, which he had just acquired from a negro, and he was suffering to practice it undisturbed. It consisted in a peculiar bird-like turn, a sort of liquid warble, produced by touching the tongue to the roof of the mouth at short intervals in the midst of the music —the reader probably remembers how to do it, if he has ever been a boy. Diligence and attention soon gave him the knock of it, and he strode down the street with his mouth full of harmony and his soul full of gratitude. He felt much as an astronomer feels who has discovered a new planet —no doubt, as far as strong, deep, unalloyed pleasure is concerned, the advantage was with the boy, not the astronomer.

Exercici 7. Àudio.

Transcriu el discurs de Salvador Allende en el moment del cop d'estat a Xile en 1973 (3.700 caràcters)

https://www.ivoox.com/ultimo-discurso-allende-audios-mp3_rf_14381108_1.html

Exercici 8. Text.

Transcriu el text de "Casa tomada" de Julio Cortázar. (10.746 caràcters. Aproximadament 1 hora)

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos al mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Ramon López, desembre de 2022. Rev. 14 - Pàgina 5 de 40



Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor para preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y mas allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la pared antes de

que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que me tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

-No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultaba molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

-Fijate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los ruidos domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpen en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

-¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? -le pregunté inútilmente.

-No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos

tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

FIN

Exercici 9. Numèric.

Escriu els imports en un full de càlcul

IMPORT A	IMPORT B	IMPORT C	IMPORT D
752.298,66	4.171,02	95.724,29	24.978,14
810.682,70	5.723,22	23.455,53	24.184,71
621.863,03	5.490,73	69.781,76	66.810,87
666.196,09	8.186,88	8.883,30	68.847,93
771.451,73	6.628,41	14.261,36	1.558,31
239.929,88	8.751,91	106,03	87.035,28
41.334,48	2.527,05	99.396,13	83.299,42
194.344,64	3.878,59	72.439,87	15.327,11
757.155,63	6.414,13	4.465,24	93.288,16
846.479,89	8.807,39	97.251,76	26.921,65
94.746,47	8.963,64	34.184,95	87.517,67
455.817,85	7.085,50	89.674,53	14.907,92
63.323,67	5.344,84	85.204,70	60.379,85
612.074,19	7.114,53	25.810,17	68.341,04
286.988,58	7.774,90	46.206,05	8.043,08
846.478,31	4.496,32	66.492,22	86.784,00
493.930,07	572,90	51.735,16	25.665,20
969.223,99	5.769,36	96.015,44	11.307,75
560.414,49	7.979,33	37.123,55	54.816,80
121.730,86	893,19	74.685,87	79.020,91
359.381,84	2.257,55	49.939,38	19.187,59
420.578,18	2.978,92	96.970,20	28.110,12
624.660,66	2.756,37	71.272,09	30.800,08
571.747,98	8.515,75	65.619,09	4.458,73
971.227,32	190,58	93.262,36	42.483,57
218.641,42	5.690,13	31.703,59	66.926,20
855.970,58	9.855,99	27.396,96	12.019,87
780.851,26	3.814,13	36.866,42	73.429,71
741.405,19	7.979,43	81.583,89	60.839,16
853.668,93	1.696,35	6.648,95	78.333,94
56.619,42	6.988,20	87.163,83	86.218,71
620.299,58	4.509,57	94.759,43	98.078,57
858.027,26	522,78	94.587,62	49.161,66
501.175,35	1.179,67	39.112,67	33.701,37
542.572,39	8.232,27	92.524,69	8.497,39
61.303,80	9.490,29	60.525,63	1.790,19
867.964,95	1.105,24	65.474,31	9.223,08
950.787,13	4.219,95	55.146,55	68.845,97

489.400,89	5.719,34	92.284,99	43.739,20
488.310,84	6.560,70	91.286,35	92.222,03
158.927,76	4.444,60	62.503,65	99.580,26
276.290,73	642,30	86.520,32	91.730,38
839.373,14	5.344,81	94.550,07	98.705,59
96.095,22	9.534,26	4.641,98	22.204,00
628.952,79	9.257,72	29.790,71	445,12
24.040.699,82	240.060,74	2.705.033,64	2.209.768,29

Exercici 10. Text.

Transcriu el text de “Porc bullit amb salsa de rave” de Quim Monzó. (8.746 caràcters. Aproximadament 50 minuts)

La trucada l’ha desconcertat. Que, de cop i volta, el seu cosí hagi decidit venir a viure a la ciutat el sorprèn desagradablement. Acaba de penjar el telèfon i encara manté la mà a l’auricular. Que el cosí hagi llogat habitació en un hotel fins que trobi lloc on viure indicaria que veu clar que entre tots dos no hi ha possibilitat ni tan sols d’un parentesc portat cavallerosament si no fos perquè, tot seguit d’haver llogat l’habitació, li telefona perquè sigui precisament ell, agent immobiliari, qui li aconseguixi la casa.

Unes hores més tard, doncs, l’agent immobiliari espera d’un moment a l’altre l’arribada del cosí. L’oficina és sòbria: terra de fusta, mobles metàl·lics, un arxivador, una planta sobre l’arxivador, i les parets pàl·lides i nues, tret d’un plafó de suro on, a part d’algunes xinxetes, no hi ha clavada més que la foto d’un edifici. Quan sona el timbre, l’agent immobiliari s’aixeca pausadament. A mig camí de la porta, el timbre torna a sonar, impacient. Això irrita l’agent immobiliari. Obre la porta. Tots dos cosins es miren. El foraster esbossa un somriure. L’agent immobiliari, distant, li allarga la mà. Encaixen. L’agent immobiliari convida el cosí a passar i asseure’s i, quan aquest fa un intent de parlar dels anys que feia que no es veien, l’agent immobiliari el talla: li pregunta quina mena de casa vol. El cosí explica que li interessaria una torre. Viure en un pis no s’ha fet per ell, diu. L’agent immobiliari li ensenya, doncs, fotos de torres: no sols les que hi ha per vendre, sinó algunes de venudes a gent important (actors, aristòcrates, grans empresaris); en remarca els noms i els cognoms, com qui presenta un aval de qualitat. El cosí s’enamora immediatament d’una de les torres.

En el cotxe del cosí (que el té mal aparcat i, per tant, s’estima més moure’l que no pas anar en el del venedor) van fins a la torre. És esplèndida: quatre pisos sumptuosos, un jardí enorme, amb hivernacle i piscina. El cosí s’entusiasma fins a tal punt que allà mateix firma els papers i un xec com a paga i senyal. La companyia immobiliària té per costum, en vendes d’aquest guix, convidar el possible comprador a sopar o a dinar, per acabar de seduir-lo, però no acostuma a fer-ho, per innecessari, un cop acordat el negoci. Sorprès d’haver arribat tan ràpidament a un

acord, l'agent immobiliari se sent inesperadament generós i pensa que tampoc no cal ser tan dur. S'interessa per si el cosí ha d'anar a sopar a algun lloc. Aquest diu que no: és nou a la ciutat i, com que encara no ha fet coneixença amb ningú, no té compromisos. L'agent immobiliari el convida a sopar. El cosí accepta de grat, sorprès per una amabilitat que pensava que no arribaria mai. Van a una brasserie. Mengen porc bullit amb salsa de rave i beuen cervesa. A les postres fumen mentre assaboreixen pastissos de xocolata. L'agent immobiliari demana el compte, però el cosí l'hi pren i insisteix a pagar. De la cartera es treu un estol de targetes de crèdit. L'agent immobiliari el veu puixant: pel que sembla, les coses li han anat tan bé com es deia. En acabat, i a proposta del cosí, decideixen fer cap a un cine.

Veuen una pel·lícula policíaca, bastant dolenta, on un marit enganyat intenta cometre el crim perfecte. A la sortida, el cosí explica que tanta faramalla sobre el crim perfecte li ha semblat sempre una estupidesa, i que està tip de pel·lícules i novel·les sobre l'assumpte.

—Però fixa't que hi falla sempre una cosa: l'autor del crim no pensa mai en la... —diu l'agent immobiliari, i calla.

—No pensa mai ¿en què?—fa el cosí, il·lusionat per la primera frase llarga que, en tota la nit, ha sentit de llavis del parent.

L'agent immobiliari no contesta. El sorprèn que s'hagi dedicat tant de temps a elucubrar-hi, sense pensar que hi ha una manera segura (encara que sacrificada) d'aconseguir-ho. Aquesta certitud sobtada l'atabala. Proposa anar a una cocteleria. El cosí accepta encantat. L'agent immobiliari no pot evitar sentir repugnància per l'interès de l'altre per tornar a fer-s'hi amic.

L'agent immobiliari hi dóna voltes. És la primera vegada, des de fa anys, que una cosa l'il·lusiona. Mentre pren la primera copa, fantasieja amb la possibilitat de dur la idea a la pràctica. Deixa de fantasiejar-hi quan entén que, un cop entrevista aquesta esquerda en l'ordre del món, no hi ha possibilitat de fugir-ne. ¿Quin valor tindria, si no passés de l'estadi d'extravagància enginyosa?

Durant hores, l'agent immobiliari du el cosí per tots els bars que freqüenta, i el presenta a tots i cada un dels cambres. A l'últim dels bars, per una niciesa l'agent immobiliari inicia una disputa amb el cosí, alça la veu i qualifica d'estúpida la visió que té d'una qüestió absolutament prescindible. El cosí es pica, irritat per l'enemistat que, de cop i volta, torna a demostrar-li. Criden i s'insulten. Paguen i surten al carrer en plena disputa. Als deu metres, però, l'agent immobiliari reconeix no sols haver-se equivocat, sinó també haver-se comportat de manera grollera. Novament asserenats, el cosí acompanya l'agent immobiliari a casa. Amb gran alegria del cosí (que hi veu una nova possibilitat d'oblidar rancúnies antigues), l'agent immobiliari el convida a fer-hi l'última copa, abans de tornar-se'n a l'hotel.

Preneu whisky en gots llargs. L'agent immobiliari ensenya al cosí els plànols de la torre que sempre ha somiat construir-se i que, afirma, ara ja no es construirà mai.

—¿Per què?—fa el cosí, amb els plànols a la mà—. Construeix-la. Jo et deixo els diners. Les coses em van bé, ja ho saps.

L'agent immobiliari torna a enfosquir la mirada.

—Ara no té sentit. Era abans, que la somiava.

El cosí acota el cap i calla. L'agent immobiliari li mostra alguns llibres sobre la ciutat. El cosí els fulleja. De cop, en una lleixa veu una foto de dona. L'agafa i la mira de prop. L'agent immobiliari s'indigna, l'hi pren i la torna a deixar a lloc.

—Mai no m'ho perdonaràs—diu el cosí.

—Vaig pensar matar-te. —De sobte somriu. —Però no hi ha crim perfecte: ja ho has vist, avui. Tots dos somriuen. D'un calaix, l'agent immobiliari en treu un estoig. A dins, hi ha cinc pistoles (una de pedra foguera, dues de percussió, un revòlver i una automàtica) que ha heretat de son pare. Li mostra, de totes cinc, l'automàtica. El cosí empal·lideix. L'agent immobiliari somriu i li allarga l'arma. Està descarregada. Confós, el cosí agafa la pistola ben bé per compliment, l'observa i, de seguida, la torna a l'estoig. Mira el rellotge, s'excusa i diu que se'n va. Com a comiat, l'agent immobiliari li deixa una guia de la ciutat, perquè s'hi avesi.

Encaixen mans al lllindar de la porta. Ja sol, l'agent immobiliari trenca alguns objectes de la casa: el mirall del trinxant, un gerro mexicà i un cap de dona que, ben mirat, mai no li ha agradat. Deixa els objectes que l'altre ha tocat (el got, els llibres, els plànols, la foto) allà on són. Tomba una cadira, esquinça una cortina. Carrega la pistola i la col·loca apuntant cap a ell, amb els braços estirats i amb cura de no esborrar, amb les seves, les ditades de l'altre. Es dispara un sol tret, al pit. Cau d'esquena, a metre i mig de distància d'on cau l'arma.

Durant tot el judici, el cosí nega ser l'autor de l'assassinat. I quan explica davant del jutge la conversa d'aquella nit sobre la possibilitat o impossibilitat del crim perfecte, pensa que a ell mateix li seria impossible considerar aquella conversa, curta i tallada, indicativa que l'agent immobiliari s'ha suïcidat només per inculpar-lo. Malgrat tot, i sabent que no li ha de servir de res, l'explica. Igual que (sabent que l'afirmació servirà només perquè l'acusació remarqui que si ha deixat tantes pistes és perquè tothom pensi, tal com ell suggereix, que algú que deixa pistes tan clares no és l'assassí) addueix que, si ell hagués matat son cosí, no hauria deixat l'arma en el lloc del crim, ni pistes en safata.

Mentre el garrot li estreny el coll, pensa que el que fan amb ell és una injustícia, un crim. Busca un adjectiu per qualificar el substantiu "crim", un adjectiu que expressi la sensació de desemparança que sent; pensa en l'adjectiu "absurd", però hi ha alguna cosa que li diu que allò no és ben bé absurd. Pensa que si, realment, allò no és absurd del tot, potser sigui just el

contrari (encara que, igualment, no ho sigui del tot): potser sigui "lògic", "perfecte", "matemàtic". Per un instant, li costa trobar la diferència real entre antònims com "lògic" i "paradoxal". Pensa també que aquest neguit per trobar adjectius no sap ben bé a què és un recurs perquè els segons corrin més de pressa, i pensa alhora que la dificultat que té per trobar l'adjectiu que busca i per aconseguir definir la barreja de ràbia, tristesa i impotència que l'omple, és absolutament explicable, donades les circumstàncies.

Exercici 11. Àudio.

Transcriu el discurs d'Adolfo Suárez anunciant la seva dimissió en 1981 (7.700 caràcters).

<http://www.rtve.es/alcarta/videos/fue-noticia-en-el-archivo-de-rtve/%20discurso-dimision-adolfo-suarez/2356932/>

Exercici 12. Numèric.

Escriu els imports en un full de càlcul

IMPORT A	IMPORT B	IMPORT C	IMPORT D
251.761,11	8.010,61	2.012,79	98.693,40
257.299,55	5.170,52	76.766,04	21.607,83
356.657,06	2.896,78	42.851,18	80.814,68
783.347,71	1.976,71	43.744,49	86.693,74
540.338,11	302,27	20.758,61	89.597,10
190.931,84	2.561,98	57.983,16	31.075,63
459.422,93	3,67	63.077,85	14.814,49
354.806,37	6.498,84	9.222,16	71.909,08
274.696,36	511,00	99.202,68	6.377,55
284.316,50	306,64	2.813,49	76.220,11
579.851,79	9.922,78	50.838,40	79.342,04
407.274,00	8.682,82	54.513,87	31.678,55
32.577,20	8.665,67	28.893,04	18.929,38
476.244,64	5.755,39	45.641,54	7.115,56
105.922,92	2.603,01	32.210,66	58.814,59
720.822,22	8.056,66	98.545,73	38.667,96
203.913,24	1.064,17	47.771,74	45.025,74
917.387,45	8.445,84	94.773,82	89.765,05
216.990,41	2.878,81	94.552,54	36.209,46
636.334,59	3.773,05	10.834,26	48.579,95
577.715,10	8.291,18	37.225,25	75.755,27
479.877,56	8.816,74	41.589,93	39.122,07
122.521,14	7.319,95	20.109,03	55.803,53
122.715,93	7.194,93	3.444,74	87.552,55
348.651,58	5.519,98	71.885,48	81.870,06
27.244,14	8.092,27	36.979,34	59.057,38

993.055,80	1.497,56	57.105,92	40.092,63
600.366,15	5.589,25	41.804,67	9.557,50
612.836,82	9.150,76	27.970,24	26.099,55
765.782,46	7.981,15	22.186,57	38.195,79
843.034,43	3.316,10	76.464,42	34.873,35
217.286,56	8.056,26	7.506,87	15.721,84
673.914,38	6.496,83	523,84	92.056,54
595.146,55	9.130,66	3.662,08	29.500,67
386.222,26	3.031,34	19.655,74	51.714,17
575.781,10	5.254,78	11.046,04	82.712,18
371.283,09	3.631,45	22.826,33	46.939,10
952.999,00	1.735,57	7.457,53	7.064,74
464.769,13	1.761,71	35.581,40	95.467,42
131.149,54	6.484,24	30.802,75	7.478,80
546.081,65	9.972,56	67.516,61	86.992,95
394.794,91	2.148,53	63.921,37	99.475,34
580.920,63	1.677,45	97.129,18	72.339,78
181.796,04	6.539,27	68.611,79	49.307,63
621.969,90	9.257,32	63.882,24	6.150,57
20.238.811,85	236.035,06	1.913.897,41	2.322.833,30

Exercici 13. Text.

Transcriu el text de “La puerta condenada” de Julio Cortázar. (7.507 caràcters. Aproximadament 42 minuts)

A Petrone le gustó el hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros. Era un hotel sombrío, tranquilo, casi desierto. Un conocido del momento se lo recomendó cuando cruzaba el río en el vapor de la carrera, diciéndole que estaba en la zona céntrica de Montevideo. Petrone aceptó una habitación con baño en el segundo piso, que daba directamente a la sala de recepción. Por el tablero de llaves en la portería supo que había poca gente en el hotel; las llaves estaban unidas a unos pesados discos de bronce con el número de habitación, inocente recurso de la gerancia para impedir que los clientes se las echaran al bolsillo.

El ascensor dejaba frente a la recepción, donde había un mostrador con los diarios del día y el tablero telefónico. Le bastaba caminar unos metros para llegar a la habitación. El agua salía hirviendo, y eso compensaba la falta de sol y de aire. En la habitación había una pequeña ventana que daba a la azotea del cine contiguo; a veces una paloma se paseaba por ahí. El cuarto de baño tenía una ventana más grande, que se habría tristemente a un muro y a un lejano pedazo de cielo, casi inútil. Los muebles eran buenos, había cajones y estantes de sobra. Y muchas perchas, cosa rara.

El gerente resultó ser un hombre alto y flaco, completamente calvo. Usaba anteojos con armazón de oro y hablaba con la voz fuerte y sonora de los uruguayos. Le dijo a Petrone que el segundo piso era muy tranquilo, y que en la única habitación contigua a la suya vivía una señora sola, empleada en alguna parte, que volvía al hotel a la caída de la noche. Petrone la encontró al día siguiente en el ascensor. Se dio cuenta de que era ella por el número de la llave que tenía en la palma de la mano, como si ofreciera una enorme moneda de oro. El portero tomó la llave y la de Petrone para colgarlas en el tablero, y se quedó hablando con la mujer sobre unas cartas. Petrone tuvo tiempo de ver que era todavía joven, insignificante, y que se vestía mal como todas las orientales.

El contrato con los fabricantes de mosaicos llevaría más o menos una semana. Por la tarde Petrone acomodó la ropa en el armario, ordenó sus papeles en la mesa, y después de bañarse salió a recorrer el centro mientras se hacía hora de ir al escritorio de los socios. El día se pasó en conversaciones, cortadas por un copetín en Pocitos y una cena en casa del socio principal. Cuando lo dejaron en el hotel era más de la una. Cansado, se acostó y se durmió en seguida. Al despertarse eran casi las nueve, y en esos primeros minutos en que todavía quedan las sobras de la noche y del sueño, pensó que en algún momento lo había fastidiado el llanto de una criatura.

Antes de salir charló con el empleado que atendía la recepción y que hablaba con acento alemán. Mientras se informaba sobre líneas de ómnibus y nombres de calles, miraba distraído la enorme sala en cuyo extremo estaban la puerta de su habitación y la de la señora sola. Entre las dos puertas había un pedestal con una nefasta réplica de la Venus de Milo. Otra puerta, en la pared lateral daba a una salida con los infaltables sillones y revistas. Cuando el empleado y Petrone callaban el silencio del hotel parecía coagularse, caer como cenizas sobre los muebles y las baldosas. El ascensor resultaba casi estrepitoso, y lo mismo el ruido de las hojas de un diario o el raspar de un fósforo.

Las conferencias terminaron al caer la noche y Petrone dio una vuelta por 18 de Julio antes de entrar a cenar en uno de los bodegones de la plaza Independencia. Todo iba bien, y quizá pudiera volverse a Buenos Aires antes de lo que pensaba. Compró un diario argentino, un atado de cigarrillos negros, y caminó despacio hasta el hotel. En el cine de al lado daban dos películas que ya había visto, y en realidad no tenía ganas de ir a ninguna parte. El gerente lo saludó al pasar y le preguntó si necesitaba más ropa de cama. Charlaron un momento, fumando un pitillo, y se despidieron.

Antes de acostarse Petrone puso en orden los papeles que había usado durante el día, y leyó el diario sin mucho interés. El silencio del hotel era casi excesivo, y el ruido de uno que otro tranvía que bajaba por la calle Soriano no hacía más que pausarlo, fortalecerlo para un

nuevo intervalo. Sin inquietud pero con alguna impaciencia, tiró el diario al canasto y se desvistió mientras se miraba distraído en el espejo del armario. Era un armario ya viejo, y lo habían adosado a una puerta que daba a la habitación contigua. A Petrone lo sorprendió descubrir la puerta que se le había escapado en su primera inspección del cuarto. Al principio había supuesto que el edificio estaba destinado a hotel pero ahora se daba cuenta de que pasaba lo que en tantos hoteles modestos, instalados en antiguas casas de escritorios o de familia. Pensándolo bien, en casi todos los hoteles que había conocido en su vida —y eran muchos— las habitaciones tenían alguna puerta condenada, a veces a la vista pero casi siempre con un ropero, una mesa o un perchero delante, que como en este caso les daba una cierta ambigüedad, un avergonzado deseo de disimular su existencia como una mujer que cree taparse poniéndose las manos en el vientre o los senos. La puerta estaba ahí, de todos modos, sobresaliendo del nivel del armario. Alguna vez la gente había entrado y salido por ella, golpeándola, entornándola, dándole una vida que todavía estaba presente en su madera tan distinta de las paredes. Petrone imaginó que del otro lado habría también un ropero y que la señora de la habitación pensaría lo mismo de la puerta.

No estaba cansado pero se durmió con gusto. Llevaría tres o cuatro horas cuando lo despertó una sensación de incomodidad, como si algo ya hubiera ocurrido, algo molesto e irritante. Encendió el velador, vio que eran las dos y media, y apagó otra vez. Entonces oyó en la pieza de al lado el llanto de un niño.

En el primer momento no se dio bien cuenta. Su primer movimiento fue de satisfacción; entonces era cierto que la noche antes un chico no lo había dejado descansar. Todo explicado, era más fácil volver a dormirse. Pero después pensó en lo otro y se sentó lentamente en la cama, sin encender la luz, escuchando. No se engañaba, el llanto venía de la pieza de al lado. El sonido se oía a través de la puerta condenada, se localizaba en ese sector de la habitación al que correspondían los pies de la cama. Pero no podía ser que en la pieza de al lado hubiera un niño; el gerente había dicho claramente que la señora vivía sola, que pasaba casi todo el día en su empleo. Por un segundo se le ocurrió a Petrone que tal vez esa noche estuviera cuidando al niño de alguna parienta o amiga. Pensó en la noche anterior. Ahora estaba seguro de que ya había oído el llanto, porque no era un llanto fácil de confundir, más bien una serie irregular de gemidos muy débiles, de hipos quejosos seguidos de un lloriqueo momentáneo, todo ello inconsistente, mínimo, como si el niño estuviera muy enfermo. Debía ser una criatura de pocos meses aunque no llorara con la estridencia y los repentinos cloqueos y ahogos de un recién nacido. Petrone imaginó a un niño — un varón, no sabía por qué— débil y enfermo, de cara consumida y movimientos apagados. Eso se quejaba en la noche, llorando pudoroso, sin llamar demasiado la atención. De no estar allí la puerta condenada, el llanto no hubiera

vencido las fuertes espaldas de la pared, nadie hubiera sabido que en la pieza de al lado estaba llorando un niño.

Exercici 14. Numèric.

Escriu els imports en un full de càlcul

IMPORT A	IMPORT B	IMPORT C	IMPORT D
611.605,15	7.454,91	5.461,52	66.941,43
848.837,19	2.716,76	17.117,43	44.626,20
279.257,29	6.173,33	25.553,24	70.926,08
196.234,15	9.330,76	93.598,03	66.182,58
187.239,86	415,60	88.221,04	95.390,14
264.081,19	2.103,07	91.941,01	93.220,10
707.044,91	8.597,71	72.666,77	38.452,12
843.436,23	5.502,70	47.021,41	34.581,83
481.311,41	1.932,65	65.384,06	5.412,63
795.232,80	5.544,96	25.032,61	79.379,64
984.680,94	4.512,02	87.511,67	5.419,43
504.379,93	4.839,26	93.056,70	53.407,63
819.412,66	7.555,26	76.821,35	3.803,59
126.153,92	7.059,37	6.829,52	63.480,51
226.968,02	6.411,84	68.444,49	56.873,32
977.428,08	9.434,04	94.012,85	79.339,70
582.988,84	7.018,77	30.064,99	27.144,66
769.293,43	8.950,73	96.375,30	6.978,32
128.865,87	6.835,02	88.642,94	84.271,19
597.663,13	8.740,01	16.325,51	41.552,86
16.482,12	6.683,27	45.643,91	10.187,09
496.922,52	932,33	54.823,01	55.278,89
881.150,76	3.268,81	19.823,04	45.913,59
586.155,26	1.203,56	97.291,09	52.806,15
802.962,20	2.987,75	75.124,64	25.492,71
920.201,48	7.136,96	16.914,52	72.392,32
362.927,62	1.235,60	69.444,95	4.411,11
594.704,73	2.029,53	34.865,74	41.137,09
14.081,06	5.454,30	36.885,98	32.563,50
678.852,21	3.417,01	42.470,46	8.325,46
161.079,08	2.994,39	53.264,22	4.676,30
856.473,74	9.157,03	49.950,15	31.214,57
26.011,09	7.115,30	18.341,11	87.143,96
719.276,02	9.388,72	54.631,59	97.947,87
561.338,74	237,92	86.983,15	48.535,27
87.835,74	3.092,62	9.820,99	28.134,52
354.623,25	591,25	47.981,15	30.787,10
713.795,24	1.936,25	63.937,88	78.593,19
11.237,89	6.681,43	896,60	23.287,86
806.533,91	9.052,16	98.906,96	42.222,24

872.730,97	6.432,63	38.833,20	64.015,40
818.472,16	7.915,53	64.389,68	15.703,83
946.069,01	9.423,96	48.853,43	19.234,30
82.673,75	8.856,26	45.199,35	36.976,42
869.457,88	3.459,25	13.394,88	93.166,95
24.174.163,43	241.812,59	2.378.754,12	2.067.531,65

Exercici 15. Text.

Transcriu el text d'“El regressiu” de Manuel de Pedrolo. (8.903 caràcters.
Aproximadament 50 minuts)

De seguida que va adonar-se que començava a rejuenir, es va comprar un bastó. Sabia que era estípit, però tenia por que li ho notessin. El fill i la nora es van limitar a fer-li una pregunta discreta, a la qual ell contestà amb uns mots que treien importància a la cosa, si bé el to era volgudament preocupat:

—No és res; les cames que flauegen una mica...

En Darc, el nét, que tenia tot just deu anys, se n'enquimerà més:

—Avi, que et costa de caminar?

—Una mica...

—Tens més dolor, doncs?

S'hi avenia força, amb en Darc. Es passaven moltes estones plegats, i al nen li agradava que li contés coses de quan encara hi havia cotxes particulars o cases amb jardí. Ell havia arribat a temps de conèixer-ho, tot això, però ara de cotxes ja només en tenien alguns organismes especialitats, com els bombers, o els hospitals d'urgència, que combinaven el transport terrestre amb el transport aeri. El sotaciatat era una xarxa immensa i complicadíssima de metros, reforçada per una altra xarxa d'autobusos, pràcticament l'únic servei de superfície, ja que fins i tot els taxis eren helicòpters, ara. Quant als jardins..., com podia haver-hi jardins particulars si ja no quedava cap torreta, cap xalet, i tot eren edificis de deu pisos cap amunt, ben amuntegats l'un al costat de l'altre? La ciutat, d'altra banda, s'estenia ja ininterrompudament des de Malgrat a Tarragona, des del mar a Igualada, amb algunes zones tan densament poblades que eren conegudes amb el mal nom de «les formigueres». Unes quantes, eren pitjor que això. Hi havia edificis de cinc-cents pisos i més, molts d'ells posteriorment dividits i subdividits pels propietaris en apartaments d'una o de dues habitacions independents. La població d'algunes d'aquestes construccions es deia si arribava a les vuit mil persones, la majoria d'elles gent sense ocupacions gaire regulars, si no delinqüents professionals. Eren indrets en els quals la policia no s'atrevia a penetrar com no fos per motius poderosos i amb un desplegament de forces impressionant.

Comptava, precisament, amb amagar-se en algun d'aquests barris quasi impenetrables, incontrolats. En cap més lloc no se sentiria segur contra les brigades especials que, des de deu anys ençà, quan s'havien fet públics els primers casos de rejuveniment, es dedicaven a la recerca i captura dels vells en els quals els serveis mèdics havien apreciat allò que se'n deia «la regressió» i que era considerat una malura ara per ara inguarible. Per això els internaven en centres creats a corre-cuita, si bé eren poques les persones que arribaven a ingressar-hi. En general, amb l'excusa que havien intentat de fugar-se, les brigades les liquidaven abans. I les altres, d'una manera o altra, eren liquidades a l'hospital. El fet és que la regressió feia pànic, i ell ho comprenia molt bé. En un mon ja superpoblat, sotmès a una regulació molt estricta de naixences, dos fills per parella a tot estirar, el rejuveniment dels vells era una autèntica amenaça. No era infreqüent el cas que els mateixos familiars de l'afectat per la malura el denunciessin a les autoritats. Normalment, però, no calia. L'examen mèdic anual, obligatori a partir dels setanta-cinc anys, anava detectant gairebé sense falla els senyals de regressió. Fins a la consulta propera, disposava de set mesos ben bons, la qual cosa era una circumstància afortunada. També era afortunat que els primers símptomes se li fessin presents quan li faltaven tres setmanes per traslladar-se a casa de la filla, que vivia al barri que abans havia estat la ciutat de Mataró. Noi i noia, que feia anys que no es parlaven, havien convingut, abans de les renyines, que cadascun d'ells es faria càrrec del vell durant sis mesos cada any. Gràcies a aquest sistema de torns, tardarien molt, si feia les coses bé, a adonar-se de la seva fugida. Va començar per enviar una carta a la filla per tal d'informar-la que aquest any no hi aniria; la nora, deia, tot just s'estava refent d'una pleuritis i, com que ell encara era prou apte, el necessitaven prop seu. La resposta, que no tardà a arribar, era si fa no fa com havia previst: ja sabia que els agradava de tenir-lo amb ells, però comprenien perfectament que, ateses les circumstàncies, no fes el viatge com cada any; ja es veurien l'any següent, doncs. Ni un mot, és clar, per lamentar la suposada malaltia de la cunyada. Estaven a mata-degolla. Seguidament va enretirar els diners que, en previsió, tenia repartits en tres bancs i, el dia de la pretesa marxa, es va deixar acompanyar pel seu fill i pel nét a l'estació d'on cada deu minuts sortien els autobusos que cobrien la zona de la costa-nord. Només pel nen lamentava l'engany. Què pensaria quan, a la fi, s'assabentés de la seva desaparició? Creuria, creurien tots, en un accident? O potser, en no trobar el cos, acabarien per endevinar la veritat? En aquest cas, estava segur que en Darc s'alegraria de l'astúcia del seu avi. Fos com fos, se'n va separar amb una pena que li esqueixava l'ànima; sabia que no el tornaria a veure mai més. Va escollir la barriada del Besos, una de tantes «formigueres» de gent més o menys marginada entre la qual una cara nova no estranyaria. Com tots els indrets semblants, la població era poc estable i hi havia molts solitaris, homes i dones. Era curiós, però feia temps que li semblava

haver observat que la proporció de persones sense lligams familiars creixia molt de pressa... La casa per la qual es decidí tenia tres entrades amb les seves corresponents escales, i dotze pisos d'altura. Cada pis era recorregut per un veritable laberint de passadissos amb tot de portes a la dreta i a l'esquerra. Algunes, quan el pis continuava en la seva forma original, quedaven relativament separades; d'altres, obertes després, en vendre's o llogar-se habitacions, s'obrien a tocar-tocar. No funcionava cap dels tres ascensors. Era, qüestió, doncs, de mirar d'instal·lar-se als baixos o, si no hi trobava res, al primer o segon pis.

Va tenir sort. La primera dona a la qual preguntà, va dir-li:

—Potser al fons, a tocar de la sortida d'urgència; aquesta tarda s'emporten el vell a l'hospital. No era tan vell; un home, potser, d'uns cinquanta-cinc anys, però tan flac que la pell de la cara se li enganxava als ossos; després, en treure un braç de sota la flassada que el cobria, es va veure que tampoc no hi tenia gens de carn. Era, pràcticament, un esquelet.

També era l'amo del «pis», una sola habitació d'uns tres metres per dos i mig, la qual s'avingué a llogar-li a l'acte si ell no li demanava contractes ni rebuts. I els diners, trinco-trinco. Parlava lentament, en una veu baixa i rogallosa que gairebé no s'entenia, amb tot de pauses per reprendre alè. No va dir quin mal tenia, i ell no li ho preguntà. Fins després, quan ja se l'havien endut en una ambulància, no atinà que tampoc no li havia preguntat el seu nom.

A les sis ja estava sol i va fer l'inventari: un catre amb un únic llençol, a sota, i la flassada, vella, bruta i amb forats; una tauleta de fusta, sense pintar, amb un frego de gas damunt i una bombona de butà entre les potes; una cadira i una caixa llarga, com un taüt, però més alta, dins la qual hi havia unes quantes peces de roba, un llibre de remeis casolans i tot d'objectes de cuina: una olla, una paella, un got i coberts, tot, llevat de la paella, d'alumini. Al fons de la cel·la, a fregar del capçal del llit, el lavabo. No hi havia comuna ni cap finestra; l'únic llum era una bombeta que penjava del sostre. A les set, amb l'ajut del ganivet i de la forquilla, ja havia alçat un rajol sota el qual excavà un espai suficient per amagar-hi els diners, en una bossa de plàstic. La rajola quedà una mica baldera, però ni hi feia res; n'hi havia d'altres, i el llit la protegia.

Després va sortir a recórrer el barri amb la intenció de localitzar els orinadors. Els més propers eren potser a cent cinquanta metres i, com va veure, la dona que en tenia cura els mantenia molt nets. Així i tot, per la nit, es va comprar un orinal. També adquirí un pany, perquè no sabia qui podia tenir les claus de l'altre. Durant set anys, va viure en aquell cau sense fer amistat amb ningú, sense que ningú el molestés. Del malalt que havia ocupat l'habitació no en tornà a sentir parlar mai, i va suposar que es devia haver mort. De segur que no tenia família i, quant als papers de propietat del pis, qui sap on devien parar! Va pensar que pràcticament, ara, podia considerar-se'n l'amo.

En arribar el moment en què s'hauria hagut de presentar a la revisió anual, la no compareixença a la qual solia provocar les persecucions de la brigada de la regressió, havia destruït els seus documents i, seguidament, amb un àcid, intentà de cremar-se als capcirons pel tal de borrar el dibuix digital gràcies al qual, si el detenien, l'haurien pogut identificar. Va renunciar-hi perquè el procediment era massa dolorós i, d'altra banda, les empremtes dels dits només les comprovaven en casos greus, de delictes majors.

Exercici 16. Àudio.

Transcriu els tres primers minuts del discurs inaugural de Quim Monzó a la Fira del llibre de Frankfurt 2008. (Si ets valent/a pots atrevir-te amb el discurs sencer, uns 11.500 caràcters aproximadament).

https://www.ivoox.com/discurs-inaugural-quim-monzo-a-fira-audios-mp3_rf_5421140_1.html

Exercici 17. Text.

Transcriu el text d'"El cens total" de Manuel de Pedrolo. (7.861 caràcters. Aproximadament 45 minuts.)

Mr. Franky, vaig tenir l'ocasió de veure'l en tres llocs diferents i, en dos d'ells, em va semblar que no tenia cap motiu per haver-hi anat. El despatx de Park Drive ja hi era quan jo vaig llogar el del costat set anys enrere, poc abans de l'accident que costà la vida a Moure, la dona amb la qual m'havia de casar. Sempre em va estranyar aquell rètol en lletres negres i discretes sobre la porta de vidre glaçat, on deia: PROSPECCIONS EN SORRA. També era curiós que, fins on vaig poder veure, Sempre hi entraven i en sortien les mateixes persones, una colla d'empleats joves, nois i noies d'aspecte malaltís, tan pàl·lids que semblaven renyits amb el sol; de client, no en vaig ensopegar mai cap. D'altra banda, era un despatx d'allò més silenciós, on no se sentia cap mena de tecleig, tot i que em constava que tenien màquines d'escriure, calculadores i fins i tot una computadora. Ho vaig saber un cop que se'ls espatllà i l'operari que havia de reparar-la s'equivocà de porta.

Mr. Franky, un home de complexió gelatinosa i de cutis lletós, quasi transparent, el vaig conèixer a l'ascensor, i un dia, quan ja feia temps que hi coincidíem amb una certa freqüència i ens havíem presentat, em vaig atrevir a preguntar-li:

—Què és, això de prospeccions en sorra?

—Investiguem les possibilitats auríferes de determinades sorres pel compte dels clients que ens ho demanen —em va contestar amb aparent franquesa.

—Ah! I és rendable?

—Per a la l'agència, sí —va reconèixer amb la mateixa simplicitat—. Treballem a un tant alçat i, si els resultats son positius, cobres una comissió.

—I encara queda gent que s'interessa per aquesta mena de prospeccions?

—Més que no us imagineu —va somriure.

Potser sí, però jo continuava trobant-ho estrany. Tampoc no era gaire normal que, a la guia, no figurés cap número telefònic a nom de l'empresa.

Va ser més endavant que, a distància de tres setmanes l'una de l'altra, vaig veure Mr. Franky a Daliana i a Ofense, on m'havia dut la meva feina de representant. A Daliana acabava d'aturar-me prop d'un llum vermell quan ell sortí d'una casa baixa, planta i pis, de maó, la placa de metall de la qual informava que allí tenia les oficines la Societat d'Estudis Orals. A Ofense, en canvi, el vaig sorprendre al moment d'entrar a l'edifici que hostatjava les Aigües Marítimes, S. A., a l'altra banda de carrer del restaurant on dinava.

Em va semblar que entre els estudis orals, fossin el que fossin, i les prospeccions en sorra, no hi podia haver res de comú; la relació era més evident amb un nom com aigües marítimes, però la pega, en aquest cas, era una altra: a Ofense no hi havia mar i la costa més propera es trobava ben bé a mil dos-cents quilometres de la localitat.

Estava tan encuriósit que vaig prolongar la meva estada al restaurant fins que l'home sortí de la casa; llavors, un cop va haver desaparegut amb el seu cotxe, un artefacte tronat que a Drive no li havia vist mai, vaig travessar la calçada, cap al despatx.

Hi havia un vestíbul, amb una noia de cara desmenjada i groga, asseguda darrera una tauleta sobre la qual únicament es veien un telèfon i un pitxer amb quatre flors morades, escarransides. Les visites no devien ser gaire usuals, perquè va posar uns ulls sorpresos abans d'oferir-me un somriure forçat dels seus llavis exangües.

—El senyor Franky? —vaig demanar.

Es va desconcertar més, i fins es ruboritzà lleugerament, com si li hagués fet una pregunta massa íntima.

—El senyor Franky?

—Sí —vaig insistir—. Ens havíem de trobar al bar Xalca, però ja fa més d'una hora, d'això. He suposat que podia haver-se entretingut...

—No; ja és fora —va reconèixer aleshores—. Fa poc.

—Bé... I no ha de tornar?

—Només ve els dies d'inspecció.

—Ja entenc... Gràcies.

La meva curiositat augmentava, i, al cap de deu dies, en tornar a Daliana, vaig repetir la maniobra a la Societat d'Estudis Orals. Aquí hi havia un taulell i un emplet de faccions anèmiques i d'ulls descolorits que sortí d'algun lloc de l'interior en sentir el timbre de la porta.

—El senyor Franky?

El xicot accentuà la seva expressió de peix passat i va moure el cap.

—No, aquí no; es deu equivocar.

—L'inspector —vaig aventurar-me.

—Ah, si! De moment... —es va mig excusar—. Però no ha de venir fins dimecres.

Vaig fer-me el pagès.

—Dimecres? I no és avui?

—No, no! Som dilluns.

I tots dos vam consultar un calendari de peu, arraconat en un extrem del petit taulell.

—Bé —vaig riure—, sembla que m'he guanyat un parell de dies, oi?

Em va entendre, i rigué també.

Camí de casa, vaig tornar a dir-me que tot allò no tenia ni cap ni peus. Inspector? I d'unes societats amb objectius, en principi, tan diferents? Només una cosa les lligava, i era que, segons els rètols, totes tres desenvolupaven activitats ben poc normals. Es clar que no n'havia de fer res, però m'encuriosia, com hi ha mon!

Així i tot, probablement no hauria pres cap determini si l'endemà passat l'altre no hagués encertat a veure, al moment que sortia del despatx, quatre homes d'aspecte robust que introduïen amb prou pena, perquè devien pesar molt, dos enormes arxivadors metàl·lics que ben just si passaven per la porta, alta i tot com era. Dins, una noia que m'era familiar, de trobar-m'hi algun cop a l'ascensor si acudia de mati a la feina, esperava al llindar d'una altra porta oberta, davant d'una habitació on s'amuntegaven paquets sencers d'alguna cosa que devien ser impresos o targes. No vaig poder evitar de preguntar-me per què carall necessitaven tot allò. Hi havia una desproporció ben clara entre un negoci que per força havia de tenir pocs clients i la capacitat d'aquells arxivadors o la quantitat de fitxes acumulades. Aquell material corresponia a una empresa d'àmbit pràcticament mundial. I Prospeccions en Sorra no ho podia ser.

No sé si fou aleshores mateix o més tard que començà a rondar-me la temptació d'investigar una mica més. Fos com fos, al vespre ja hi havia cedit. Entraria al despatx.

El local no gaudia de cap protecció especial. No hi havia sistemes d'alarma i la porta només tenia dos panys corrents, com totes les de l'edifici, una construcció de quinze plantes que totalitzava potser uns cent quaranta despatxos d'empreses comercials, metges, advocats, consultors matrimonials, sectes religioses minoritàries, etc.

Jo, però, hi vaig entrar per la finestra del pati, que era a tocar de la meua; com que no volia que ningú s'adonés de la intrusió, un cop dins vaig tornar a clavar els ganxos que havien saltat en espalancar-los; així m'assegurava de poder tancar-la novament en sortir.

De seguida em vaig explicar que mai no se sentissin sorolls; totes las habitacions eren insonoritzades. Hi havia un petit despatx, que devia ser el de Mr. Franky, l'habitació de la computadora, una sala gran en la qual s'arregleraven una quinzena de tauletes amb les màquines d'escriure corresponents, i cinc cambres farcides d'arxivadors que arribaven fins al sostre. Era un local força més espaiós que no m'havia imaginat, perquè no sabia que ocupava els darreres del meu i de quatre més; era, de fet, l'equivalent de set despatxos.

Vaig obrir un fitxer, a l'atzar. En vaig treure una cartolina on hi havia un nom seguit de dues dates amb una indicació de ciutat i, sota, tot d'altres noms precedits de l'abreujament CI. Tots eren ben diferents del titular i, llevat del darrer, que només duia una xifra, els altres en tenien també dues. Al cap de cinc minuts ja havia comprovat que totes les targetes obeïen la mateixa norma.

No ho entenia. Si eren noms de clients, amb les referències que devien haver donat, com era que enlloc no figurava cap adreça, cap sigla o nom comercial, cap indicació professional? D'altra banda, els números que acompanyaven els noms, feien pensar, per la seva disposició, en dates de naixença, de decés... El més sorprenent de tot, però, era que n'hi hagués tantes, de fitxes. Si tots aquells arxivadors eren plens, hi cabien cent vegades tots els habitants de Drive!

Exercici 18. Text.

Transcriu el text de "Cien años de soledad" de Gabriel García Márquez. (11.593 caràcters. Aproximadament 65 minuts.)

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes

metálicos, y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desenclavarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. «Las cosas tienen vida propia —pregonaba el gitano con áspero acento—, todo es cuestión de despertarles el ánima». José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra. Melquíades, que era un hombre honrado, le previno: «Para eso no sirve». Pero José Arcadio Buendía no creía en aquel tiempo en la honradez de los gitanos, así que cambió su mulo y una partida de chivos por los dos lingotes imantados. Úrsula Iguarán, su mujer, que contaba con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio doméstico, no consiguió disuadirlo. «Muy pronto ha de sobrarnos oro para empedrar la casa», replicó su marido. Durante varios meses se empeñó en demostrar el acierto de sus conjeturas. Exploró palmo a palmo la región, inclusive el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquíades. Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer.

En marzo volvieron los gitanos. Esta vez llevaban un catalejo y una lupa del tamaño de un tambor, que exhibieron como el último descubrimiento de los judíos de Amsterdam. Sentaron una gitana en un extremo de la aldea e instalaron el catalejo a la entrada de la carpa. Mediante el pago de cinco reales, la gente se asomaba al catalejo y veía a la gitana al alcance de su mano. «La ciencia ha eliminado las distancias», pregonaba Melquíades. «Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa». Un mediodía ardiente hicieron una asombrosa demostración con la lupa gigantesca: pusieron un montón de hierba seca en mitad de la calle y le prendieron fuego mediante la concentración de los rayos solares. José Arcadio Buendía, que aún no acababa de consolarse por el fracaso de sus imanes, concibió la idea de utilizar aquel invento como un arma de guerra. Melquíades, otra vez, trató de disuadirlo. Pero terminó por aceptar los dos lingotes imantados y tres piezas de dinero colonial a cambio de la lupa. Úrsula lloró de consternación. Aquel dinero formaba parte de un cofre de monedas de oro que su padre había acumulado en toda una vida de privaciones, y que ella había enterrado debajo de la cama en espera de una buena ocasión

para invertirlas. José Arcadio Buendía no trató siquiera de consolarla, entregado por entero a sus experimentos tácticos con la abnegación de un científico y aun a riesgo de su propia vida. Tratando de demostrar los efectos de la lupa en la tropa enemiga, se expuso él mismo a la concentración de los rayos solares y sufrió quemaduras que se convirtieron en úlceras y tardaron mucho tiempo en sanar. Ante las protestas de su mujer, alarmada por tan peligrosa inventiva, estuvo a punto de incendiar la casa. Pasaba largas horas en su cuarto, haciendo cálculos sobre las posibilidades estratégicas de su arma novedosa, hasta que logró componer un manual de una asombrosa claridad didáctica y un poder de convicción irresistible. Lo envió a las autoridades acompañado de numerosos testimonios sobre sus experiencias y de varios pliegos de dibujos explicativos, al cuidado de un mensajero que atravesó la sierra, se extravió en pantanos desmesurados, remontó ríos tormentosos y estuvo a punto de perecer bajo el azote de las fieras, la desesperación y la peste, antes de conseguir una ruta de enlace con las mulas del correo. A pesar de que el viaje a la capital era en aquel tiempo poco menos que imposible, José Arcadio Buendía prometía intentarlo tan pronto como se lo ordenara el gobierno, con el fin de hacer demostraciones prácticas de su invento ante los poderes militares, y adiestrarlos personalmente en las complicadas artes de la guerra solar. Durante varios años esperó la respuesta. Por último, cansado de esperar, se lamentó ante Melquíades del fracaso de su iniciativa, y el gitano dio entonces una prueba convincente de honradez: le devolvió los doblones a cambio de la lupa, y le dejó además unos mapas portugueses y varios instrumentos de navegación. De su puño y letra escribió una apretada síntesis de los estudios del monje Hermann, que dejó a su disposición para que pudiera servirse del astrolabio, la brújula y el sextante. José Arcadio Buendía pasó los largos meses de lluvia encerrado en un cuartito que construyó en el fondo de la casa para que nadie perturbara sus experimentos. Habiendo abandonado por completo las obligaciones domésticas, permaneció noches enteras en el patio vigilando el curso de los astros, y estuvo a punto de contraer una insolación por tratar de establecer un método exacto para encontrar el mediodía. Cuando se hizo experto en el uso y manejo de sus instrumentos, tuvo una noción del espacio que le permitió navegar por mares incógnitos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su gabinete. Fue esa la época en que adquirió el hábito de hablar a solas, paseándose por la casa sin hacer caso de nadie, mientras Úrsula y los niños se partían el espinazo en la huerta cuidando el plátano y la malanga, la yuca y el ñame, la ahuyama y la berenjena. De pronto, sin ningún anuncio, su actividad febril se interrumpió y fue sustituida por una especie de fascinación. Estuvo varios días como hechizado, repitiéndose a sí mismo en voz baja un sartal de asombrosas conjeturas, sin dar crédito a su propio entendimiento. Por fin, un martes de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó de un golpe toda la carga de su

tormento. Los niños habían de recordar por el resto de su vida la augusta solemnidad con que su padre se sentó a la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de su imaginación, y les reveló su descubrimiento:

—La tierra es redonda como una naranja.

Úrsula perdió la paciencia. «Si has de volverte loco, vuélvete tú solo», gritó. «Pero no trates de inculcar a los niños tus ideas de gitano». José Arcadio Buendía, impasible, no se dejó amedrentar por la desesperación de su mujer, que en un raptó de cólera le destrozó el astrolabio contra el suelo. Construyó otro, reunió en el cuartito a los hombres del pueblo y les demostró, con teorías que para todos resultaban incomprensibles, la posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia el Oriente. Toda la aldea estaba convencida de que José Arcadio Buendía había perdido el juicio, cuando llegó Melquíades a poner las cosas en su punto. Exaltó en público la inteligencia de aquel hombre que por pura especulación astronómica había construido una teoría ya comprobada en la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo, y como una prueba de su admiración le hizo un regalo que había de ejercer una influencia terminante en el futuro de la aldea: un laboratorio de alquimia.

Para esa época, Melquíades había envejecido con una rapidez asombrosa. En sus primeros viajes parecía tener la misma edad de José Arcadio Buendía. Pero mientras éste conservaba su fuerza descomunal, que le permitía derribar un caballo agarrándolo por las orejas, el gitano parecía estragado por una dolencia tenaz. Era, en realidad, el resultado de múltiples y raras enfermedades contraídas en sus incontables viajes alrededor del mundo. Según él mismo le contó a José Arcadio Buendía mientras lo ayudaba a montar el laboratorio, la muerte lo seguía a todas partes, husmeándole los pantalones, pero sin decidirse a darle el zarpazo final. Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes. Aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas. Usaba un sombrero grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo, y un chaleco de terciopelo patinado por el verdín de los siglos. Pero a pesar de su inmensa sabiduría y de su ámbito misterioso tenía un peso humano, una condición terrestre que lo mantenía enredado en los minúsculos problemas de la vida cotidiana. Se quejaba de dolencias de viejo, sufría por los más insignificantes percances económicos y había dejado de reír desde hacía mucho tiempo, porque el escorbuto le había arrancado los dientes. El sofocante mediodía en que reveló sus secretos, José Arcadio Buendía tuvo la certidumbre de que aquel era el principio de una grande amistad. Los niños se

asombraron con sus relatos fantásticos. Aureliano, que no tenía entonces más de cinco años, había de recordarlo por el resto de su vida como lo vio aquella tarde, sentado contra la claridad metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su profunda voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras chorreaba por sus sienes la grasa derretida por el calor. José Arcadio, su hermano mayor, había de transmitir aquella imagen maravillosa, como un recuerdo hereditario, a toda su descendencia. Úrsula, en cambio, conservó un mal recuerdo de aquella visita, porque entró al cuarto en el momento en que Melquíades rompió por distracción un frasco de bicloruro de mercurio.

—Es el olor del demonio —dijo ella.

—En absoluto —corrigió Melquíades—. Está comprobado que el demonio tiene propiedades sulfúricas, y esto no es más que un poco de solimán.

Siempre didáctico, hizo una sabia exposición sobre las virtudes diabólicas del cinabrio, pero Úrsula no le hizo caso, sino que se llevó los niños a rezar. Aquel olor mordiente quedaría para siempre en su memoria, vinculado al recuerdo de Melquíades.

Exercici 19. Numèric.

Escriu els imports en un full de càlcul

IMPORT A	IMPORT B	IMPORT C	IMPORT D
971.326,26	3.893,80	80.576,33	47.652,98
144.326,57	540,48	8.241,53	68.960,83
393.528,64	6.536,10	73.507,47	38.889,43
667.101,68	7.988,16	54.918,67	32.695,86
872.545,58	2.775,73	53.483,86	54.914,80
911.706,72	4.230,45	11.738,88	41.587,93
311.275,40	3.515,53	77.467,76	98.587,41
588.732,00	3.622,01	32.522,48	35.983,49
78.279,46	952,01	60.693,18	54.342,90
348.420,82	3.973,12	98.820,73	6.476,65
918.799,99	4.700,76	8.494,90	72.675,04
230.021,07	6.387,32	15.336,75	71.191,28
150.889,88	8.715,67	38.266,15	99.833,40
771.159,01	5.763,89	9.248,62	62.194,05
202.369,28	9.077,40	16.960,26	5.089,00
744.558,90	9.509,83	35.961,08	32.365,41
581.476,33	5.910,11	80.240,15	16.241,60
522.352,42	1.403,22	57.147,40	65.173,35
797.270,23	8.643,82	68.273,25	28.792,05
741.886,08	5.168,77	68.633,29	76.988,34
458.391,42	3.874,61	40.506,99	7.778,27
267.785,51	122,25	18.945,15	52.067,56
313.593,83	143,57	94.459,72	78.573,55

185.161,26	856,28	64.599,64	57.804,34
419.858,09	280,19	12.009,11	18.980,95
357.939,87	3.513,78	87.267,08	4.144,31
829.301,45	8.049,97	32.819,71	88.334,07
366.054,90	9.750,62	2.067,65	50.396,17
988.291,00	414,66	10.840,25	31.910,80
674.897,49	2.550,49	85.494,74	59.389,93
832.001,51	2.627,16	71.114,53	24.842,13
79.238,18	7.723,70	60.703,43	53.142,83
577.833,91	8.643,11	79.321,58	25.101,99
341.780,77	3.137,33	37.889,97	4.813,41
907.901,57	9.074,91	43.941,21	17.705,43
319.407,55	1.255,60	4.508,21	17.128,94
53.169,03	7.433,04	89.304,28	67.552,54
866.808,21	94,35	19.776,66	53.562,74
319.199,38	5.372,07	50.519,32	71.517,56
502.503,84	8.814,19	82.826,35	6.903,18
903.958,44	1.757,29	29.373,04	90.967,93
549.734,01	9.708,08	65.930,90	38.838,93
202.482,17	8.325,93	26.903,57	28.247,84
105.879,98	6.431,76	61.804,80	23.613,29
24.152,57	2.499,50	62.918,43	73.280,80
22.395.352,26	215.762,62	2.186.379,06	2.057.235,29

Exercici 20. Text.

Transcriu el text d'“Urn de Djlnl” de Manuel de Pedrolo. (9.304 caràcters. Aproximadament 53 minuts)

Es va presentar cap al tard, quan ella era al porxo desgranant llegums, i el va veure venir pel camí, amb tota la posta que es fonia al seu darrera, S'atansava xino-xano, amb una canya que devia haver recollit als aiguamolls i que li feia de basto. No en necessitava cap, però; era un xicot força jove, si bé el seu aspecte feia pensar en una persona desmenjada, sense gaire nervi. L'expressió era descolorida, mancada de caràcter, i els trets de la cara semblava que se li barrejessin d'una manera que feia difícil de retenir-los a la memòria. Tot plegat causava una estranyesa que la veu reforçava; la Mari mai no havia sentit ningú que parlés en un to tan anònim. No hauria pas sabut dir de quina contrada procedia, ja que el seu llenguatge era tan descolorit com ella; no tenia el més petit rastre d'accent.

—Feina? —va dir quan li preguntà si necessitaven cap jornalier—. Potser si, però per pocs dies, fins que hàgim acabat de collir les pomes. Espereu que vingui el meu marit.

En Laris ja estava carregant la camioneta, a l'altre extrem del camp, per no haver d'entretenir-se l'endemà al matí. Feia mitja hora que l'havia deixat amb els coves a punt per tornar a casa, a preparar el sopar.

—Us ho feu tot sols? —va preguntar el desconegut.

—Es el primer any que tenim l'arrendament i ens convé estalviar. Però no havíem previst que madurarien totes alhora! —va riure.

El xicot es va asseure al graó, una mica ensota d'ella, i digué:

—També puc conduir, si convé.

—De seguida vindrà —va repetir la Mari.

Al cap de dos minuts van sentir el motor i tots dos van mirar en aquella direcció. La camioneta progressava lentament per l'estreta sendera, entre la doble renglera d'arbres les branques dels quals, carregades de fruit, fregaven les baranes del vehicle, ple de coves fins dalt.

En sortir de la finca accelerà una mica i després va desaparèixer cap a darrera la casa, d'on emergí per la banda oposada. Va aturar-se a cinc o sis metres de l'edifici, encarat al camí per on havia vingut el xicot.

—Laris —va dir la noia quan el seu marit saltà de la cabina—. Aquest jove diu si lo podríem donar feina.

El xicot s'aixecà amb la canya a les mans, i en Laris, que respirava feixugament, va saludar-lo amb un somrís.

—Si ens podeu donar un cop de mà amb les pomes, benvingut. Però de segur que no us, interessarà; son vuit dies, potser...

—No hi fa res —digué el desconegut—. M'agrada, això. Veniu de lluny? —el va interrogar en Laris.

—Sí —va dir sense precisar—. Vull conèixer el país, i més m'estimo fer temporades curtes.

—Heu caigut en bon lloc, doncs.

El, desconegut somrigué per primer cop.

—Em penso que si —i afegí—: em dic Urn.

Durant quatre dies, van conviure i treballar amb ell sense que en tinguessin cap motiu de queixa. Parlava poc i mai no va contar res de gaire concret de la seva persona o del seu indret de procedència. Educat i servicial, però, a l'hora de la feina formava sense plànyer-se. Era més actiu i alhora tenia més força que no feia suposar la flonjor aparent de la seva còrpora o la circumspecció, de gest i moviment, amb què solia captener-se. De seguida que s'adonà que en Laris tenia l'alenada una mica curta, procurà substituir-lo a l'hora de carregar els coves. En ell hi havia quelcom de contradictori que estranyava els dos cònjuges.

—I t'has fixat en la cara? —va dir un dia la noia.

—Sí; és... no sé... una mica amorfa, com si s'hagués d'acabar de formar.

—Vols dir que és de la nostra raça?

En Laris va riure.

—La nostra raça! Amb els encreuaments que hi ha hagut durant segles, tots som una mica mestissos.

—I els ulls... Encara no sé de quin color els té!

—No t'hi amoïnis. La qüestió és que compleixi.

Complia. I semblava també un home sense vicis. No fumava, no bevia, menjava sobriament i es llevava a punta de sol, sense que calgués cridar-lo. El cinquè dia, però, quan va acompanyar en Laris a la vila, van descobrir-li una flaqueza: les dones.

—De debò? —va admirar-se la Mari quan ell li ho conta, al llit—. Mai no m'ha mirat amb gens de malícia...

—No vol dir res. Però m'ha demanat si podia disposar de mitja hora i després l'he vist sortir de ca la Merta. No hi podia anar a fer res més, allí.

—Suposo que no.

Però continuava estranyada.

—No m'ho imaginava pas, que fos així.

—Com vols dir, així? Com tothom, dona!

—Però quan el veus tan desossat. Si, aquesta és la paraula! Sembla desossat, oi?

—Ara que ho dius... Es comprèn que hagi d'anar a ca la Merta. D'atractiu no ho és gaire... Bé, dormim, que demà hi ha feina.

La collita va quedar enllestida el novè dia, més tard que no preveien, perquè la pluja els feu perdre tota una tarda i bona part d'un mati, i, al vespre de la darrera jornada, en Laris pagà els jornals, sense regatejar-li la festa.

—I cap a on, ara? —va preguntar per dir alguna cosa.

—Cap amunt. Però abans potser em quedaré un parell de dies a la vila, Podria venir amb vos, demà?

—Naturalment, —digué en Laris, i va fer l'ullet a la seva dona.

Van sortir a les cinc i, ara que s'havien desfet d'aquell treball urgent, que no admetia espera, la Mari va dedicar el mati a enllestir una sèrie de feines casolanes endarrerides i, en havent dinat, va fer una breu migdiada i sortí a rentar al safareig de l'hort. En Laris sempre tornava tard, perquè Margala era a cent quilometres. Ja estava a punt d'acabar quan senti el ronc del motor de la camioneta que enfilava el camí del mas i, després, en el silenci, el cop de la porta que en Laris feia petar. Sense girar-se, va cridar:

—Estic de seguida!

El xicot se li atansà i digué:

—No corre cap pressa.

—T'has entretingut més, avui, oi?

—No... Si fa no fa com sempre.

—I què, s'ha quedat a ca la Merta, aquell?

En Laris tardà un moment a contestar, com si no entengués de que li parlava, i llavors va dir:

—No ho sé. Ens hem separat al mercat.

Era al seu darrera i, tot d'una, quan s'inclinava a recobrar una peça que li havia fugit de les mans, senti que ell li descordava el boté dels shorts i els hi feia lliscar cuixes avall.

—Què fas? —es mig girà, esbalaïda.

—Ara ho veuràs —rigué en Laris, i li toca les natges.

—Aquí?

—No hi ha ningú, ara.

—Però no porto el diafragma! —va queixar-se ella.

—No hi fa res. Un dia o altre hem de començar a pensar en la, família.

I va abraçar-se-li per envestir-la.

Va ser en aquell precís moment que la Mari va tenir la impressió que passava alguna cosa fora del normal. En Laris mai no s'havia captintut d'aquella manera, ni amb tanta vigoria.

En cert aspecte, allò no li resultava familiar. Però després ell es comportà amb tanta naturalitat, com si tot fos com sempre, que no gosà interrogar-lo.

No ho feu tampoc al vespre, ni a la nit, en ser ja al llit, ni a la matinada, quan la despertà amb les seves carícies, tot i que aquell deler era insòlit i totalment contrari a les habituds moderades d'en Laris. De fet, no obri la boca fins al cap de dos dies, en veure que el seu entusiasme no minvava.

—Què t'ha passat, Laris? Des d'abans-d'ahir que no ets el mateix.

Ell gairebé saltà:

—Com, que no soc el mateix?

—Ja m'entens, tu. Mai no n'havies tingut tantes ganes.

—Te'n queixes, potser?

—Oh, no, no! Però és que ara ets tan... tan robust!

En Laris, llavors, va riure.

—Hi ha coses que amb l'ús milloren.

—Però tant?

—Ja ho veus. No estàs contenta?

—Es clar —va dir ella.

Però encara estava més confusa.

La criatura va néixer als nou mesos exactes, a l'hospital de la vila, i l'endemà en Laris es feu fonedís. Havia deixat la cambra de la partera després d'haver-se assegurat que tant la mare com el petit estaven bé, però a la masia ja no hi tornà, puix que la camioneta continuava on l'havien deixada la vetlla, en fer el viatge tots dos. L'assumpte es va enfosquir encara quan, al cap de dotze dies, una parella forastera que s'hi endinsà a fer l'amor, com confessaren en adonar-se que eren suspectes, trobà el seu cadàver enterrat en un bosquet, a tres quilometres de Margala. Les darreres pluges havien arrossegat la terra que el cobria. No es podia dubtar que era en Laris; tot corresponia, àdhuc les particularitats de la dentadura, però hi havia un detall inexplicable: el cadàver ja tenia prop d'un any. Hi van estar conformes dos dels tres metges que, a prec del forense, van examinar també les despulles; l'altre hi feu les seves reserves. I la causa de la mort, van coincidir, si bé deixant prudentment un marge a d'altres possibilitats, era la ruptura d'un aneurisma.

Les autoritats de la vila no estaven equipades per menar una investigació en regla i, de la capital, van acudir un parell de policies que, durant uns quants dies, van interrogar una mica tothom, sense esbrinar res de substancial. És a dir, paradoxalment, tot menava a creure que en Laris havia entrat a l'hospital i ja no en sortí puix que la darrera persona que el va veure fou una infermera que es creua amb ell pel passadís del pavelló de la maternitat. Però n'havia sortit, la prova era el seu cadàver enterrat al bosquet.

Amb la Mari hi parlà un inspector, Merna, que fou prou delicat per esperar que la noia es refés una mica de les notícies que la direcció de l'hospital va donar-li amb cautela, al cap d'un setmana, quan els semblà que s'allunyava qualsevol perill de recaiguda. Per un motiu o altre, havia quedat força afeblida.

L'home, d'uns quaranta-cinc anys, una mica rabassut i de gestos lents, com si s'hi pensés abans de fer-los, li va confiar ja d'entrada que mai no li havia caigut entre les mans un assumpte més desconcertant.

Exercici 21. Text.

Transcriu el text "Simulacros" de Julio Cortázar. (7.650 caràcters. Aproximadament 43 minuts)

Somos una familia rara. En este país donde las cosas se hacen por obligación o fanfarronería, nos gustan las ocupaciones libres, las tareas porque sí, los simulacros que no sirven para nada.

Tenemos un defecto: nos falta originalidad. Casi todo lo que decidimos hacer está inspirado —digamos francamente, copiado— de modelos célebres. Si alguna novedad aportamos es siempre inevitable: los anacronismos o las sorpresas, los escándalos. Mi tío el mayor dice que somos como las copias en papel carbónico, idénticas al original salvo que otro color, otro papel, otra finalidad. Mi hermana la tercera se compara con el ruiseñor mecánico de Andersen; su romanticismo llega a la náusea.

Somos muchos y vivimos en la calle Humboldt.

Hacemos cosas, pero contarlos es difícil porque falta lo más importante, la ansiedad y la expectativa de estar haciendo las cosas, las sorpresas tanto más importantes que los resultados, los fracasos en que toda la familia cae al suelo como un castillo de naipes y durante días enteros no se oyen más que deploraciones y carcajadas. Contar lo que hacemos es apenas una manera de rellenar los huecos inevitables, porque a veces estamos pobres o presos o enfermos, a veces se muere alguno o (me duele mencionarlo) alguno traiciona, renuncia, o entra en la Dirección Impositiva. Pero no hay que deducir de esto que nos va mal o que somos melancólicos. Vivimos en el barrio de Pacífico, y hacemos cosas cada vez que podemos. Somos muchos que tienen ideas y ganas de llevarlas a la práctica. Por ejemplo, el patíbulo, hasta hoy nadie se ha puesto de acuerdo sobre el origen de la idea, mi hermana la quinta afirma que fue de uno de mis primos carnales, que son muy filósofos, pero mi tío el mayor sostiene que se le ocurrió a él después de leer una novela de capa y espada. En el fondo nos importa poco, lo único que vale es hacer cosas, y por eso las cuento casi sin ganas, nada más que para no sentir tan de cerca la lluvia de esta tarde vacía.

La casa tiene jardín delantero, cosa rara en la calle Humboldt. No es más grande que un patio, pero está tres escalones más alto que la vereda, lo que le da un vistoso aspecto de plataforma, emplazamiento ideal para un patíbulo. Como la verja es de mampostería y de fierro, se puede trabajar sin que los transeúntes estén por así decirlo metidos en casa; pueden apostarse en la verja y quedarse horas, pero eso no nos molesta. «Empezaremos con la luna llena», mandó mi padre. De día íbamos a buscar maderas y fierros a los corralones de la avenida Juan B. Justo, pero mis hermanas se quedaban en la sala practicando el aullido de los lobos, después que mi tía la menor sostuvo que los patíbulos atraen a los lobos y los incitan a aullar a la luna. Por cuenta de mis primos corría la provisión de clavos y herramientas; mi tío el mayor dibujaba los planos, discutía con mi madre y mi

tío segundo la variedad y calidad de los instrumentos de suplicio. Recuerdo el final de la discusión: se decidieron adustamente por una plataforma bastante alta, sobre la cual se alzarían una horca y una rueda, con un espacio libre destinado a dar tormento o decapitar según los casos. A mi tío el mayor le parecía mucho más pobre y mezquino que su idea original, pero las dimensiones del jardín delantero y el costo de los materiales restringen siempre las ambiciones de la familia.

Empezamos la construcción un domingo por la tarde, después de los raviolos. Aunque nunca nos ha preocupado lo que puedan pensar los vecinos, era evidente que los pocos mirones suponían que íbamos a levantar una o dos piezas para agrandar la casa. El primero en sorprenderse fue don Cresta, el viejito de enfrente, y vino a preguntar para qué instalábamos semejante plataforma. Mis hermanas se reunieron en un rincón del jardín y soltaron algunos aullidos de lobo. Se amontonó bastante gente, pero nosotros seguimos trabajando hasta la noche y dejamos terminada la plataforma y las dos escalerillas (para el sacerdote y el condenado, que no deben subir juntos). El lunes una parte de la familia se fue a sus respectivos empleos y ocupaciones, ya que de algo hay que morir, y los demás empezamos a levantar la horca mientras mi tío el mayor consultaba dibujos antiguos para la rueda. Su idea consistía en colocar la rueda lo más alto posible sobre una pértiga ligeramente irregular, por ejemplo un tronco de álamo bien desbastado. Para complacerlo, mi hermano el segundo y mis primos carnales se fueron con la camioneta a buscar un álamo; entre tanto mi tío el mayor y mi madre encajaban los rayos de la rueda en el cubo, y yo preparaba un suncho de fierro. En esos momentos nos divertíamos enormemente porque se oía martillar en todas partes, mis hermanas aullaban en la sala, los vecinos se amontonaban en la verja cambiando impresiones, y entre el solferino y el malva del atardecer ascendía el perfil de la horca y se veía a mi tío el menor a caballo en el travesaño para fijar el gancho y preparar el nudo corredizo.

A esta altura de las cosas la gente de la calle no podía dejar de darse cuenta de lo que estábamos haciendo, y un coro de protestas y amenazas nos alentó agradablemente a rematar la jornada con la erección de la rueda. Algunos desaforados habían pretendido impedir que mi hermano el segundo y mis primos entraran en casa el magnífico tronco de álamo que traían en la camioneta. Un conato de cinchada fue ganado de punta a punta por la familia en pleno que, tirando disciplinadamente del tronco, lo metió en el jardín junto con una criatura de corta edad prendida de las raíces. Mi padre en persona devolvió la criatura a sus exasperados padres, pasándola cortésmente por la verja, y mientras la atención se concentraba en estas alternativas sentimentales, mi tío el mayor, ayudado por mis primos carnales, calzaba la rueda en un extremo del tronco y procedía a erigirla. La policía llegó en momentos en que la familia, reunida en la plataforma, comentaba favorablemente el buen aspecto del patíbulo. Sólo mi hermana la tercera permanecía cerca de la puerta, y le tocó dialogar con el subcomisario en persona; no le fue difícil convencerlo de que trabajábamos dentro de nuestra propiedad, en una obra que sólo el uso podía revestir de un carácter anticonstitucional, y que las murmuraciones del vecindario eran hijas del odio y fruto de la envidia. La caída de la noche nos salvó de otras pérdidas de tiempo.

Ramon López, diciembre de 2022. Rev. 14 - Página 34 de 40



A la luz de una lámpara de carburo cenamos en la plataforma, espiados por un centenar de vecinos rencorosos; jamás el lechón adobado nos pareció más exquisito, y más negro y dulce el nebiolo. Una brisa del norte balanceaba suavemente la cuerda de la horca; una o dos veces chirrió la rueda, como si ya los cuervos se hubieran posado para comer. Los mirones empezaron a irse, mascullando vagas amenazas; aferrados a la verja quedaron veinte o treinta que parecían esperar alguna cosa. Después del café apagamos la lámpara para dar paso a la luna que subía por los balaustres de la terraza, mis hermanas aullaron y mis primos y tíos recorrieron lentamente la plataforma, haciendo temblar los fundamentos con sus pasos. En el silencio que siguió, la luna vino a ponerse a la altura del nudo corredizo, y en la rueda pareció tenderse una nube de bordes plateados. Las mirábamos, tan felices que era un gusto, pero los vecinos murmuraban en la verja, como al borde de una decepción. Encendieron cigarrillos y se fueron yendo, unos en pijama y otros más despacio. Quedó la calle, una pitada de vigilante a lo lejos, y el colectivo 108 que pasaba cada tanto; nosotros ya nos habíamos ido a dormir y soñábamos con fiestas, elefantes y vestidos de seda.

Exercici 22. Text.

Transcriu el text “Cuento sin moraleja” de Julio Cortázar. (3.915 caràcters. Aproximadament 23 minuts)

Un hombre vendía gritos y palabras, y le iba bien, aunque encontraba mucha gente que discutía los precios y solicitaba descuentos. El hombre accedía casi siempre, y así pudo vender muchos gritos de vendedores callejeros, algunos suspiros que le compraban señoras rentistas, y palabras para consignas, slogans, membretes y falsas ocurrencias. Por fin el hombre supo que había llegado la hora y pidió audiencia al tiranuelo del país, que se parecía a todos sus colegas y lo recibió rodeado de generales, secretarios y tazas de café. —Vengo a venderle sus últimas palabras —dijo el hombre—. Son muy importantes porque a usted nunca le van a salir bien en el momento, y en cambio le conviene decirlas en el duro trance para configurar fácilmente un destino histórico retrospectivo. —Traducí lo que dice —mandó el tiranuelo a su intérprete. —Habla en argentino, Excelencia. —¿En argentino? ¿Y por qué no entiendo nada? —Usted ha entendido muy bien —dijo el hombre—. Repito que vengo a venderle sus últimas palabras. El tiranuelo se puso en pie como es de práctica en estas circunstancias, y reprimiendo un temblor mandó que arrestaran al hombre y lo metieran en los calabozos especiales que siempre existen en esos ambientes gubernativos. —Es lástima —dijo el hombre mientras se lo llevaban—. En realidad usted querrá decir sus últimas palabras cuando llegue el momento, y necesitará decirlas para configurar fácilmente un destino histórico retrospectivo. Lo que yo iba a venderle es lo que usted querrá decir, de modo que no hay engaño. Pero como no acepta el negocio, como no va a

aprender por adelantado esas palabras, cuando llegue el momento en que quieran brotar por primera vez y naturalmente usted no podrá decirlas.

—¿Por qué no podré decirlas, si son las que he de querer decir? —preguntó el tiranuelo, ya frente a otra taza de café.

—Porque el miedo no lo dejará —dijo tristemente el hombre—. Como estará con una soga al cuello, en camisa y temblando de terror y de frío, los dientes se le entrechocarán y no podrá articular palabra. El verdugo y los asistentes, entre los cuales habrá algunos de estos señores, esperarán por decoro un par de minutos, pero cuando de su boca brote solamente un gemido entrecortado por hipos y súplicas de perdón (porque eso sí lo articulará sin esfuerzo) se impacientarán y lo ahorcarán.

Muy indignados, los asistentes y en especial los generales, rodearon al tiranuelo para pedirle que hiciera fusilar inmediatamente al hombre. Pero el tiranuelo, que estaba-pálido-como-la-muerte, los echó a empujones y se encerró con el hombre para comprarle sus últimas palabras.

Entre tanto, los generales y secretarios, humilladísimos por el trato recibido, prepararon un levantamiento y a la mañana siguiente prendieron al tiranuelo mientras comía uvas en su glorieta preferida. Para que no pudiera decir sus últimas palabras lo mataron en el acto pegándole un tiro. Después se pusieron a buscar al hombre, que había desaparecido de la casa de gobierno, y no tardaron en encontrarlo, pues se paseaba por el mercado vendiendo pregones a los saltimbanquis. Metiéndolo en un coche celular lo llevaron a la fortaleza y lo torturaron para que revelase cuáles hubieran podido ser las últimas palabras del tiranuelo. Como no pudieron arrancarle la confesión, lo mataron a puntapiés.

Los vendedores callejeros que le habían comprado gritos siguieron gritándolos en las esquinas, y uno de esos gritos sirvió más adelante como santo y seña de la contrarrevolución que acabó con los generales y los secretarios. Algunos, antes de morir, pensaron confusamente que en realidad todo aquello había sido una torpe cadena de confusiones y que las palabras y los gritos eran cosa que en rigor pueden venderse pero no comprarse, aunque parezca absurdo.

Y se fueron pudriendo todos, el tiranuelo, el hombre y los generales y secretarios, pero los gritos resonaban de cuando en cuando en las esquinas.

Exercici 23. Text.

Transcriu el text “Conducta en los velorios” de Julio Cortázar. (8.545 caràcters.
Aproximadament 48 minuts)

No vamos por el anís, ni porque hay que ir. Ya se habrá sospechado: vamos porque no podemos soportar las formas más solapadas de la hipocresía. Mi prima segunda la mayor se encarga de cerciorarse de la índole del duelo, y si es de verdad, si se llora porque llorar es lo único que les queda a esos hombres y a esas mujeres entre el olor a nardos y a café, entonces nos quedamos en casa y los acompañamos desde lejos. A lo sumo mi madre va un rato y saluda en nombre de la familia; no nos gusta interponer insolentemente nuestra vida ajena a ese diálogo con la sombra. Pero si de la pausada investigación de mi prima

surge la sospecha de que en un patio cubierto o en la sala se han armado los trípodes del camelo, entonces la familia se pone sus mejores trajes, espera a que el velorio esté a punto, y se va presentando de a poco pero implacablemente.

En Pacífico las cosas ocurren casi siempre en un patio con macetas y música de radio. Para estas ocasiones los vecinos condescienden a apagar las radios, y quedan solamente los jazmines y los parientes, alternándose contra las paredes. Llegamos de a uno o de a dos, saludamos a los deudos, a quienes se reconoce fácilmente porque lloran apenas ven entrar a alguien, y vamos a inclinarnos ante el difunto, escoltados por algún pariente cercano. Una o dos horas después toda la familia está en la casa mortuoria, pero aunque los vecinos nos conocen bien, procedemos como si cada uno hubiera venido por su cuenta y apenas hablamos entre nosotros. Un método preciso ordena nuestros actos, escoge los interlocutores con quienes se departe en la cocina, bajo el naranjo, en los dormitorios, en el zaguán, y de cuando en cuando se sale a fumar al patio o a la calle, o se da una vuelta a la manzana para ventilar opiniones políticas y deportivas. No nos lleva demasiado tiempo sondear los sentimientos de los deudos más inmediatos, los vasitos de caña, el mate dulce y los Particulares livianos son el puente confidencial; antes de medianoche estamos seguros, podemos actuar sin remordimientos. Por lo común mi hermana la menor se encarga de la primera escaramuza; diestramente ubicada a los pies del ataúd, se tapa los ojos con un pañuelo violeta y empieza a llorar, primero en silencio, empapando el pañuelo a un punto increíble, después con hipos y jadeos, y finalmente le acomete un ataque terrible de llanto que obliga a las vecinas a llevarla a la cama preparada para esas emergencias, darle a oler agua de azahar y consolarla, mientras otras vecinas se ocupan de los parientes cercanos bruscamente contagiados por la crisis. Durante un rato hay un amontonamiento de gente en la puerta de la capilla ardiente, preguntas y noticias en voz baja, encogimientos de hombros por parte de los vecinos. Agotados por un esfuerzo en que han debido emplearse a fondo, los deudos amenguan en sus manifestaciones, y en ese mismo momento mis tres primas segundas se largan a llorar sin afectación, sin gritos, pero tan conmovedoramente que los parientes y vecinos sienten la emulación, comprenden que no es posible quedarse así descansando mientras extraños de la otra cuadra se afligen de tal manera, y otra vez se suman a la deploración general, otra vez hay que hacer sitio en las camas, apantantar a señoras ancianas, aflojar el cinturón a viejitos convulsionados. Mis hermanos y yo esperamos por lo regular este momento para entrar en la sala mortuoria y ubicarnos junto al ataúd. Por extraño que parezca estamos realmente afligidos, jamás podemos oír llorar a nuestras hermanas sin que una congoja infinita nos llene el pecho y nos recuerde cosas de la infancia, unos campos cerca de Villa Albertina, un tranvía que chirriaba al tomar la curva en la calle General Rodríguez, en Bánfield, cosas así, siempre tan tristes. Nos basta ver las manos cruzadas del difunto para que el llanto nos arrase de golpe, nos obligue a taparnos la cara avergonzados, y somos cinco hombres que lloran de verdad en el velorio, mientras los deudos juntan desesperadamente el aliento para igualarnos, sintiendo que cueste lo que cueste deben demostrar que el velorio es el de ellos, que solamente ellos tienen derecho a llorar así en esa casa. Pero son pocos, y mienten (eso lo sabemos por mi prima segunda la mayor, y nos da fuerzas). En vano acumulan los hipos y

los desmayos, inútilmente los vecinos más solidarios los apoyan con sus consuelos y sus reflexiones, llevándolos y trayéndolos para que descansen y se reincorporen a la lucha. Mis padres y mi tío el mayor nos reemplazan ahora, hay algo que impone respeto en el dolor de estos ancianos que han venido desde la calle Humboldt, cinco cuerdas contando desde la esquina, para velar al finado. Los vecinos más coherentes empiezan a perder pie, dejan caer a los deudos, se van a la cocina a beber grapa y a comentar; algunos parientes, extenuados por una hora y media de llanto sostenido, duermen estertorosamente. Nosotros nos relevamos en orden, aunque sin dar la impresión de nada preparado; antes de las seis de la mañana somos los dueños indiscutidos del velorio, la mayoría de los vecinos se han ido a dormir a sus casas, los parientes yacen en diferentes posturas y grados de abotagamiento, el alba nace en el patio. A esa hora mis tías organizan enérgicos refrigerios en la cocina, bebemos café hirviendo, nos miramos brillantemente al cruzarnos en el zaguán o los dormitorios; tenemos algo de hormigas yendo y viniendo, frotándose las antenas al pasar. Cuando llega el coche fúnebre las disposiciones están tomadas, mis hermanas llevan a los parientes a despedirse del finado antes del cierre del ataúd, los sostienen y confortan mientras mis primas y mis hermanos se van adelantando hasta desalojarlos, abreviar el último adiós y quedarse solos junto al muerto. Rendidos, extraviados, comprendiendo vagamente pero incapaces de reaccionar, los deudos se dejan llevar y traer, beben cualquier cosa que se les acerca a los labios y responden con vagas protestas inconsistentes a las cariñosas solicitudes de mis primas y mis hermanas. Cuando es hora de partir y la casa está llena de parientes y amigos, una organización invisible pero sin brechas decide cada movimiento, el director de la funeraria acata las órdenes de mi padre, la remoción del ataúd se hace de acuerdo con las indicaciones de mi tío el mayor. Alguna que otra vez los parientes llegados a último momento adelantan una reivindicación destemplada; los vecinos, convencidos ya de que todo es como debe ser, los miran escandalizados y los obligan a callarse. En el coche de duelo se instalan mis padres y mis tíos, mis hermanos suben al segundo y mis primas condescienden a aceptar a alguno de los deudos en el tercero, donde se ubican envueltas en grandes pañoletas negras y moradas. El resto sube donde puede, y hay parientes que se ven precisados a llamar un taxi. Y si algunos, refrescados por el aire matinal y el largo trayecto, traman una reconquista en la necrópolis, amargo es su desengaño. Apenas llega el cajón al peristilo, mis hermanos rodean al orador designado por la familia o los amigos del difunto, y fácilmente reconocible por su cara de circunstancias y el rollito que le abulta el bolsillo del saco. Estrechándole las manos, le empapan las solapas con sus lágrimas, lo palmean con un blando sonido de tapioca y el orador no puede impedir que mi tío el menor suba a la tribuna y abra los discursos con una oración que es siempre un modelo de verdad y discreción. Dura tres minutos, se refiere exclusivamente al difunto, acota sus virtudes y da cuenta de sus defectos, sin quitar humanidad a nada de lo que se dice; está profundamente emocionado, y a veces le cuesta terminar. Apenas ha bajado, mi hermano el mayor ocupa la tribuna y se encarga del panegírico en nombre del vecindario, mientras el vecino designado a tal efecto trata de abrirse paso entre mis primas y hermanas, que lloran colgadas de su chaleco. Un gesto afable pero imperioso de mi padre moviliza al personal de la funeraria; dulcemente

empieza a rodar el catafalco, y los oradores oficiales se quedan al pie de la tribuna, mirándose y estrujando los discursos con sus manos húmedas. Por lo regular no nos molestamos en acompañar al difunto hasta la bóveda o sepultura, sino que damos media vuelta y salimos todos juntos, comentando las incidencias del velorio. Desde lejos vemos cómo los parientes corren desesperadamente para agarrar alguno de los cordones del ataúd y se pelean con los vecinos que entre tanto se han posesionado de los cordones y prefieren llevarlos ellos a que los lleven los parientes.

Índex d'exercicis

Exercici 1. Text. Transcriu el text d'"El sombrero de tres picos" de Pedro Antonio de Alarcón.	1
Exercici 2. Text. Transcriu el text dels "Episodios nacionales. Trafalgar" de Benito Pérez Galdós (1.969 caràcters).	1
Exercici 3. Text. Transcriu el text de "Los miserables" de Víctor Hugo (2.032 caràcters).	2
Exercici 4. Text. Transcriu el text d'"El buscón" de Francisco de Quevedo (2.186 caràcters).	3
Exercici 5. Text. Transcriu el text de «Madame Bovary» de Gustave Flaubert (1.395 caràcters).	4
Exercici 6. Text. Transcriu el text de «Les aventures de Tom Sawyer» de Mark Twain (1.067 caràcters).	4
Exercici 7. Àudio. Transcriu el discurs de Salvador Allende en el moment del cop d'estat a Xile en 1973 (3.700 caràcters)	5
Exercici 8. Text. Transcriu el text de "Casa tomada" de Julio Cortázar. (10.746 caràcters. Aproximadament 1 hora).....	5
Exercici 9. Numèric. Escriu els imports en un full de càlcul.....	9
Exercici 10. Text. Transcriu el text de "Porc bullit amb salsa de rave" de Quim Monzó. (8.746 caràcters. Aproximadament 50 minuts).....	10
Exercici 11. Àudio. Transcriu el discurs d'Adolfo Suárez anunciant la seva dimissió en 1981 (7.700 caràcters).....	13
Exercici 12. Numèric. Escriu els imports en un full de càlcul.....	13
Exercici 13. Text. Transcriu el text de "La puerta condenada" de Julio Cortázar. (7.507 caràcters. Aproximadament 42 minuts).....	14
Exercici 14. Numèric. Escriu els imports en un full de càlcul.....	17
Exercici 15. Text. Transcriu el text d'"El regressiu" de Manuel de Pedrolo. (8.903 caràcters. Aproximadament 50 minuts).....	18
Exercici 16. Àudio. Transcriu els tres primers minuts del discurs inaugural de Quim Monzó a la Fira del llibre de Frankfurt 2008. (Si ets valent/a pots atrevir-te amb el discurs sencer, uns 11.500 caràcters aproximadament).....	21
Exercici 17. Text. Transcriu el text d'"El cens total" de Manuel de Pedrolo. (7.861 caràcters. Aproximadament 45 minuts.).....	21
Exercici 18. Text. Transcriu el text de "Cien años de soledad" de Gabriel García Márquez. (11.593 caràcters. Aproximadament 65 minuts.).....	24
Exercici 19. Numèric. Escriu els imports en un full de càlcul.....	28
Exercici 20. Text. Transcriu el text d'"Urn de DjInl" de Manuel de Pedrolo. (9.304 caràcters. Aproximadament 53 minuts).....	29
Exercici 21. Text. Transcriu el text "Simulacros" de Julio Cortázar. (7.650 caràcters. Aproximadament 43 minuts).....	33
Exercici 22. Text. Transcriu el text "Cuento sin moraleja" de Julio Cortázar. (3.915 caràcters. Aproximadament 23 minuts).....	35
Exercici 23. Text. Transcriu el text "Conducta en los velorios" de Julio Cortázar. (8.545 caràcters. Aproximadament 48 minuts).....	36